

Los folletines de **LAVOZ** del Tajo

Difícilmente clasificable es una de las personalidades más sugestivas y geniales de la literatura y el arte de este siglo.

Se mantuvo al margen de grupos, de movimientos. Y, puede decirse que su obra los superó. Su trabajo de creación transcurría fuera de los raíles. Nunca estuvo mediatizado por la sombra de algún maestro. Su poesía parece surgir con la espontaneidad de un fenómeno de la naturaleza y se introduce en el terreno de la narración, del reportaje, de la confidencia... Del lirismo pasa al humor. Lo real y lo fantástico conviven en una atmósfera plena de iluminaciones sorprendentes, de paradojas que nos conducen hacia un terreno

bien familiar.

Toda su obra es una aventura, un recorrido interno, sin plan y sin método, y su vida fue también una aventura continuada.

Muy joven, un día, súbitamente se convirtió en un marinero. Abandonó el trabajo convencido de que el único mar que le interesaba estaba dentro de él. Enfermo del corazón no dudó en hacer un viaje peligrosísimo para su salud por tierras de América. Volvió vivo y escribió su libro *Ecuador*. Fruto de otro viaje es el titulado *Un bárbaro en Asia*.

Ya era poeta cuando después de conocer la pintura de Dalí y de Max Ernst y estimulado

por la del joven español González Bernal, y por su amistad en la segunda mitad de los años veinte, comenzó a pintar. Su pintura y su poesía son las dos caras visibles e igualmente intensas, de su personalidad. Pero también fue pianista y compositor.

Rehuyó el fotografiarse. No le interesaba el testimonio de la realidad externa. Deja una extensa obra.

André Gide no dudó en concederle una importancia similar a la de Baudelaire.

Nació en Namur (Bélgica), en 1899. Muy pronto se trasladó a París, donde ha vivido con mayor asiduidad, con escasos amigos, y donde ha muerto en 1984.

3 poemas de Henri Michaux



INMENSA VOZ

Inmensa voz
que bebe
que bebe

Inmensas voces
que beben
que beben

Río, río completamente/ solo en
otra
en otra
en otra barba

Río, tengo el cañón que ríe
el cuerpo encañonado
yo, yo tengo, yo soy

¡En otra parte!

¡En otra parte!
¡En otra parte!

Una brecha ¿qué hace aquí?
Una rata, ¿qué es lo que hace?

¿Una araña?

Siendo mal cultivador perdí a mi
padre

no, no llevéis luz
pues yo la perdí

La orden se apagó
mas voz. Mas sofocada por lo
menos.
Después de veinte años, / de nue-
vo ¿que es lo que/ yo entiendo?

Inmensa voz que bebe nuestras
voces
inmenso padre reconstruido gi-
gante
por el cuidado, por la incuria
de los acontecimientos

Inmenso Techo que cubre
nuestros bosques
nuestras galerías
que cubre gatos y ratas

Inmensa cruz que maldice
nuestras balsas
que derrota nuestros
espíritus
que prepara nuestras
tumbas

Inmensa voz para nada
para el sudario
para desmoronar nuestras
columnas

Inmenso "debo" "deber"
deber deber deber
Inmenso imperioso engrudo

Con una grandeza falaz
inmenso negocio
que nos enfría

¿Hemos nacido nosotros
para la ganga?
¿Hemos nacido nosotros,
dedos machacados,
para entregar toda una vida
a un falso problema
a yo no sé que por yo no sé
quién
a un no sé quién por un no sé
qué
siempre hacia mayor frialdad?

¡Basta! Aquí no se canta
Tú no tendrás mi voz, gran voz
Tú no tendrás mi voz, gran voz

Has de pasar magna voz
tú también pasarás
tú pasarás, gran voz.

TERRAZA

Tenía la fuerza del león cuando estuvo preso en las debilidades de la infancia. Ellas le sujetaron y, aunque grande y fuerte le acunaron como a un niño.

Así se cumplía lo que estaba dicho: "Te elevas para ceder. Avanzas para caer".

Allí, donde esto sucedió se detuvo su camino. Y todas las quejas pasaron a su pecho; las quejas del uno, las quejas del otro y los soplos del deseo que se han convertido en quejas. Pero después de haber cantado todas las quejas aún no había exhalado la suya, la que no estaba nada más que en él.

Quizá no la encontraba o la buscaba lejos o quizá demasiado alto.

Terraza ardiente. Terraza vana. Al fin del hombre, al pie de la escalera, en lo más desnudo de la más remota soledad. El desemboca allí, el que tanto había cantado.

Y tal como había venido, fue sacudido por un puño sólido. Un velo de debilidad, pasando a su ser, borró de su vista lo que al hombre le está prohibido contemplar.

LA CORDILLERA DE LOS ANDES

La primera impresión es terrible y próxima a la desesperación. En primer lugar el horizonte desaparece. Las nubes no están mucho más altas que nosotros. Infinitamente y sin accidentes, están donde nosotros estamos. Las altas mesetas de los Andes que se extienden, que se extienden.

El sol es negro e inhóspito.
El suelo salido de dentro
se desintegra de las plantas.
Es una tierra volcánica.
¡Desnuda! Y las casas negras por encima
Dejan al descubierto su desnudo,
El negro el implacable desnudo.

El que no ame las nubes
Que no vaya al Ecuador.
Son los perros fieles de las montañas,
Sus grandes perros fieles;
Coronan altamente el horizonte;
La altitud del lugar es de 3.000 metros, según dicen
Y es peligrosa para el corazón, para el estómago, para el cuerpo
entero del extranjero

Rechonchos, braquicéfalos, a breves pasos,
Pesadamente cargados marchan los Indios de esta ciudad,
pegada

/a un cráter de nubes.

¿A dónde va esta peregrinación encorvada?
Se cruza, se entrecruza y sube; nada más, esta es su vida.
Quito y sus montañas.
Ellas caen sobre la ciudad, luego se asómban, se recuperan,
/calman sus lenguas, son camino, luego se pavimenta.
En voz baja, todos fumamos aquí el opio de las grandes
alturas,

/despacio, con soplo débil.

Poco riñen los perros, poco los niños, pocos ríen.

(Nota y Traducción de
Antonio FERNANDEZ MOLINA.
Ilustración del propio
Henri MICHAUX